



La desaparición de los Libros

JOSÉ LUIS ONTIVEROS

En recuerdo del fiel SS rottweiler Thor, lector canino

1.- Donde se indican las posibles confusiones de este escrito

Nadie ha de confundirse con el título de este ensayo, no se trata y lo anticipo como graciosa concesión al lector, de que vaya a emprender una revisión de la cumplida profecía de Ray Bradbury en su célebre Fahrenheit 451, en que anticipa la incineración de los libros en el mundo del futuro, que es hoy el macabro presente, donde sin necesidad de brigadas de bomberos ignívoros, que se dediquen a la incineración de todo libro, como objeto por excelencia de trastornos innecesarios, perturbaciones intolerables, herejías que desafían el pensamiento único, así como la inaceptable disidencia radical ante los ídolos encumbrados por la tiranía mediática y sus dogmas intocables celados por la feroz Inquisición democrática, –en un orbe idiota, en que de hecho se persigue con furia delirante cada volumen, y particularmente los prohibidos por el Index sistémico, en todo rincón donde sean resguardados– hasta que, finalmente, se retorne a la tradición oral como forma de conservar una memoria que trata de ser aniquilada, a través de los bardos, vates y rapsodas que comparten el conocimiento de las grandes obras de la literatura universal y de los libros que plasman un deslinde de fundamentos sobre el orden de una genuina civilización heroica y ascendente.

Dado que últimamente releyendo al nefasto Domingo Faustino Sarmiento, en su Facundo, me ha

dado por sentirme “culto”, “educado” y occidentafílico, lo que de cualquier forma es inútil, puesto que no me rescata como confesa Bestia Negra, filibustero cultural, francotirador y emboscado. Sarmiento exalta –con un autismo meteco y paródico– la “civilización europea” –considerada en el reduccionismo de la Ilustración y la subversión moderna–, frente a la barbarie gauchesca, lo que sólo reafirma mi apología de la barbarie y mi solidaridad profunda con Martín Fierro el cantar de gesta argentino de la barbarie gauchesca o de la Argentina profunda.

Ya no se requiere de las partidas de inquisidores con lanzallamas, para eso están los betSELLERS y el mercado, por una parte, la represión de la policía del pensamiento, por otra, unido a un desprecio completo de los hombres de poder político y usurocrático respecto a la literatura, y en especial a las ideas que rechazan el desorden inorgánico establecido.

Coadyuva en esta empresa de demolición sistemática de la antigua forja del ser por la compenetración vital de la lectura –la red de Internet y otras formas demoníacas de la tecnología como los juegos simiescos electrónicos para greasers y esclavos de la tierra–, que Kipling describe como los monos en su libro de las Tierras vírgenes, mitología que compartí desde la niñez como boy scout, confesión que no siento tan vergonzosa, dado que el escritor Jorge Ibarguengoitia también lo fue, lo que consigna en un muy humorístico relato, lo que de alguna forma me sirve de consuelo, al pensar que el Grupo 7, de conformación más de medio facha, –por su disciplina, mística, valores y forma de selección de los integrantes–, donde fui de lobato hasta la tropa, aprendí y sobre todo viví el himno de la Falange, Cara al Sol, al que posteriormente reconozco como la inconmovible declaración de fe de mi existencia y al que entono aún en momentos de alegría interna. El Cara al Sol está unido a las remembranzas de las caminatas bajo los chubascos que calaban los huesos, en las largas marchas itinerantes, que por lo menos eran –las cortas– de

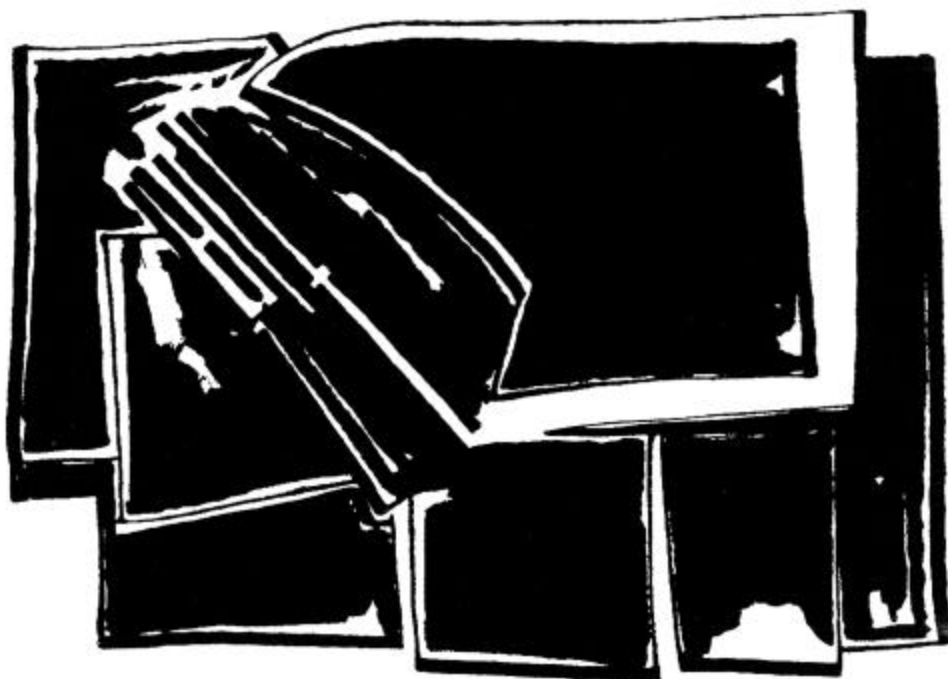
20 kilómetros hasta instalar el campamento y montar la pesada tienda de campaña- que hoy usan como carpas los picapedreros que se dedican a tener planos los asfaltos de las calles y avenidas.

Mas no se trata de molestar al lector, ya que ahora estoy en un plan muy cortés, según recomienda a cada momento el mimético siervo de las glorias de la civilización (que no es nombre de cantina o taberna), el admirablemente estúpido e ilustre remedo európido, Domingo Faustino Sarmiento, tan actual en los discursos sobre la libertad que se le ocurren a Ubush imperator, ejemplo vivo de que Bradbury tenía razón, ya que no hay un espécimen tan basto e intenso en el planetoide que el gringo genocida y ultracretino, galileo-sionista redivivo.

2.- De las virtudes metafísicas, ascéticas y teleológicas de los libros muy superiores a los volubles afectos humanos

Los libros son mucho más leales que cualquier amistad u amor humano, no mudan de parecer ni te reconviene, sólo te calumnian si lo tomas a pecho, y te zahieren cuando los lees y te das cuenta de tu propia miseria, son

silenciosos, se les puede poner en cualquier sitio y no protestan, hastiados del polvo a veces estornudan asordinadamente entre sus páginas amarillentas, y otros que uno tiene como predilectos por razones del todo subjetivas, que quizá sean las más válidas y razonables, no son objeto de la envidia de los que no se tratan con deferencia y privilegio, viven en una santa armonía que supera los falansterios u otras formas de convivencia utópicas, son devotos de uno mismo, de su inclinación y a veces de cierta obligatoriedad canónica. Tienen una existencia distante de los indigentes egos humanos, y en ello son ascetas de la contemplación sin vivir en ermitas, monasterios, iglesias, pagodas, o mezquitas. Nunca te reprochan que los hayas aventado contra la pared o que les hayas escrito en los márgenes comentarios sarcásticos, aún los apollillados que tienen tremendos hoyos entre las gruesas hojas permiten cambiar el sentido del texto para que uno invente los párrafos que la polilla devoró, incluso los hay que tienen páginas en blanco, no por defecto editorial, sino para que cada quien reconstruya la historia que lee de una manera magistral y muy



Jorge Herrera

JE 94

superior a la del autor. Asumen su condición vital como una bendición, si uno los toma con delectación se complacen, y sus páginas brillan, los caracteres son más nítidos y parecen querer deletrear su contenido con la fruición de un escolar que lee un libro de aventuras. Hay unos particulares que son semejantes a Demóstenes quien venció su tartamudez hablando en voz alta para acallar las olas del mar embravecido, otros se conforman con ser materiales de carga y soporte, –nunca materialistas–, ya que son intangibles y a la vez concretos, formando columnas arquitectónicas dóricas, jónicas y corintias, traveses suspendidas en las letras etéreas que en una de esas, ya olvidó su presunto lector. Los libros sólo alegan que no se les venda a los ávidos libreros de viejo que los reciclan a lectores inmundos, quienes los tratan con violencia criminal o desdén psicótico. Sin embargo es tal su nobleza de raza y su estirpe de fidelidad que siempre recuerdan a quien soñó con ellos, acariciando un sueño. No hay desperdicio en su adquisición, y sí grandes recompensas y generosas dádivas incondicionales. Nunca reclaman que los hayas entregado a la incuria, y como rottweilers del conocimiento lamen la mano de quien antes les dio un injusto puntapié. Impertérritos no se quejan de que los leas sin haberte rasurado, son por ello placer para barbados y lampiños, y no hacen distinciones respecto a sus muy diversos dueños a los que tratan invariablemente con íntima ternura, aprecio constante y cordialidad sincera. Se niegan a responder a los insultos y con extrema dignidad que ya quisiera un dignatario de la tierra, se comportan caballerosamente, en cualquier circunstancia, soportando los malos humores, las imprecaciones o los eructos de quien los ha querido para sí en la vida. Rebasan en disciplina a la Wehrmacht y a las SS, formados en solemne y decidida columna permanecen valerosos, y en primera línea de combate, pese a que sufran de múltiples ataques desde distintos flancos. Hay los que viven en cocinas, en sótanos, en buhardillas y no piden por ello pensiones ni mendigan gratitud ni prebendas ni reconocimientos. De

ninguna forma engañan como siempre lo hacen por costumbre los políticos, los abogados y los periodistas (del que yo soy un ejemplo). Pueden vivir tanto en la opulencia de forros de piel como en la modestia de portadas maltrechas, no se sienten desdeñados o exaltados por la soberbia, han alcanzado la ataraxia estoica o el desprendimiento búdico del mundo flotante. Unos hacen meditación en za-zen con los mantras de sus letras de luz, los más militantes son como el imbatible Islam, no retroceden y volatizan a sus enemigos con una carga de explosivos que llevan entre las áureas páginas de sus entrañas. Admirables, conmovedores, seductores, dan puñetazos a los poltrones y amenazan con la pistola ingravida que descarga el tiro certero y a bocajarro al lector traidor, que cambia de libros y de creencias como de calcetines. ¡Nadie como ellos en el mundo! Nunca te abandonarán para “hacer su vida” o andarán de prostitutas sirviendo a proxenetas de ocasión. En ello valen mucho más que cualquier compañía y no requieren de piropos, elogios o regalos para entregarse en oblación, ya que se afirman irreductibles en un instante de sacrificio, fervorosos, en la elocuencia divina de ser “propicios y reveladores”. Jamás te juzgarán al menos que el lector lo pida y ello con las reservas del caso ya que son indulgentes y munificentísimos. Por ello El Sagrado Corán es el libro lúcido, el libro de los libros, el libro por excelencia. Y queda la oportunidad para quien así lo reclame y explore de encontrar grutas místicas con libros arquetípicos, el arquetipo visita al lector y lo inspira poblando, así, el Topos Uranos de la Imaginación, siendo omnipresentes y veedores. Cada libro sabe más que su dueño qué es del alma de quien lo lee, si está sana o enferma, si brilla u oscurece, si es leal o traidora, si es fiel o defeciona, si ve por la verdad o por sus intereses. Miran por las rendijas de los ojos concentrados en sus signos el poder redentor o condenatorio, el Paraíso o el infierno. Y si bien recomiendan y aconsejan nunca advierten sobre la Última Hora, por ello son manifestación del Único y muestran que toda alma tiene un destino prefi-

jado, en que nadie sabe que será de él mañana ni donde morirá. Por ello caben en las constelaciones y resplandecen en las noches oscuras del alma. Son los luceros que fulguran a la intemperie con un lector, impasible el ademán, en el silencioso recogimiento de su purificación ficticia, y por ello, quizá, más verdadera. Nada ni nadie se compara con su indeclinable generosidad, su coraje y su serenidad. ¡Qué vivan los libros y qué se mueran los feos!

3.- La pérdida de los libros no tiene remedio y es una maldición la de los cleptobibliófilos, al revés de las mujeres que deja uno por la vida o desertan como el frente italiano -con honrosas excepciones- en la Segunda Guerra vicesémica

Hace poco tiempo recibí una llamada misteriosa, se trataba de inquirir si vivía en mí casa, una de las hienas, víboras, arpias, urracas, ranas, ratas y Musa(rañas), que a veces han vivido periodos largos, lapsos intermitentes o bien transitado fugazmente con este bárbaro -que suscita la herética y vitanda creencia patriarcal, jerárquica y guerrera-, no tenía más que la nobilísima intención, para nada ponzoñosa, de provocarme nostalgia o mal de amores, ello me hizo pensar hasta qué punto es falso el apego humano, pero el asunto ha tomado su justa dimensión al sufrir la pérdida consciente de uno de mis libros.

Hay quien estima erróneamente que el ser cornúpea de una fémina es un oprobio insoportable, que merece la reivindicación de la honra estropeada y marchita, hay otros juicios que consideran una grave afrenta el ser abandonado en una madrugada insospechada por una desertora, mucho más, si la tal está piernuda y con trasero respingón o popo redondo (Céline dixit), que pudiera sostener con sus curvas a la tierra y expiar a la vez los pecados del mundo. Ello no es más que un espejismo, que se deshace cuando uno ha vivido intensamente y ha dejado a Werther como lectura de cabecera.

Lo verdaderamente abominable no es perder una mujer a la vuelta de la esquina, en una caseta telefónica

en que se erige a sotto voce la conspiración familiar en contra del machista-chauvinista-sádico, en un vuelo rasante de la aeromoza del amor, redactando artículos que ella firma, desarrollando proyectos que presenta como propios, enseñándole el ABC de la lectura poun-diana, impartiendo clases de urbanidad en el trato, yendo al cajero para ser trasquilado o ajuararla con prendas que nunca mereció.

Debe ser apreciada esta circunstancia como: pecata minuta, anecdotario trivial, plática para el divertimento, bagatela para una masacre, recuerdo insignificante al oír las dolidas y bravías canciones rancheras, la milonga de los tangos, el clamar del Flamenco y otros registros musicales más refinados y barrocos. En ello obra la superstición del hombre por la pasión y la añoranza de ilusiones abrasadoras; el propósito de sublimación por Sophia del amor trovadoresco (asunto sobre el que ya me he extendido en otro lugar), o bien, el terrible aburrimiento que provoca el mundo del que hay que desasirse en ocasiones. Mas nada es comparable en cuanto pérdida ontológica que el que un libro se extravié de nuestra andadura por despojo artero, olvido irremediable o préstamo suicida.

Me he percatado que mí billy budd marinero del gran escritor anglosajón Herman Melville, autor de esa catedral de signos teológicos que es Moby Dick, según juzga con toda razón el gran escritor rumano Vintila Horia, -el cual había empastado-, ha desaparecido de mi biblioteca. -Conviene señalar al respecto que el escritor Gregorio Ortega me comenta que en Moby Dick se afirma, según el destino manifiesto marcado por Jehová-Dólar, que los balleneros, en realidad, son armas dirigidas contra México-, mas ese ominoso señalamiento me había pasado inadvertido, quizá, por el afán de descifrar todos los términos náuticos que abundan en la magna obra y su significado metafísico, sólo atestigua que los anglosajones son los enemigos raciales, históricos y ónticos de México y del orbe hispánico desde los tiem-

pos gloriosos del Imperio español, pero no quise dejar de consignar este interesante dato.

Ello me llevó a buscar o exhumar de la biblioteca, cementerio de elefantes con colmillos de marfil, una extraordinaria biografía sobre Hörderlin de Meter Här-ling a la que consideré, afortunadamente equivocándome, objeto de depredación de los cleptobibliófilos, –dícese de quienes padecen esta manía muy dañina y deshonrosa–, de la que ya había sido víctima con Eumeswill del enorme Ernst Jünger –libro que me mandó con su hidalguía característica, desprendiéndose del suyo, mi amigo y camarada, Carlos Caballero Jurado, el mayor historiador revisionista en lengua castellana–, así como la obra de Saint Paulian ¿Por qué perdí la guerra?, –especie de autobiografía secreta del Führer– que nunca he logrado reponer entre otros más, que son innumerables como la arena del mar, en que también hay que consignar un retrato de Céline obsequiado por el incansable, generoso y erudito celiniano, Marc Laudelot, director del magnífico *Le Bulletin Célinien* y sólo hablo de algunos despojos significativos, latrocinio irredento que tiene respecto al adulterio, una mucho menor carga culpígena, digna de ser sancionada por medios expeditos y violentos.

Cada quien podrá enlistar su propia demolición, el robo furtivo y cobarde de quien se le ha brindado la sagrada hospitalidad, el abuso intolerable de su inverecundia, el cara dura e hipócrita que se dice tú amigo para expoliarte, donde la falsedad toca las fibras íntimas y no tiene justificación, excusa ni perdón, ya que es un pecado contra el Espíritu, lo que deja sin mayor dramatismo la volubilidad y ligereza femenina.

Hay otra forma de sufrimiento para quien se siente amparado por sus libros, aval que debe contar como credencial de entrada a la radiante morada eterna, al Paraíso –en donde “se está de pie como los ángeles”–, el préstamo que uno hace de libros que sabe ya no le regresarán, ello sería peor que una violación voyerista

u otras formas de depravación, sin embargo, uno que es consciente de no es digno de confianza el destinatario de la ofrenda –y con las entendederas esclarecidas al respecto– comete tal dislate anunciado. Hasta el momento no sé sabe si la psicología tan abundante en calificar todo tipo de filias y fobias, ha hallado la etiología de este tipo meticoloso de autodestrucción (yo he practicado varios, o quizá, los más devastadores).

Todo ello me lleva a una reflexión definitiva: la pérdida de un libro es arrancar un pedazo del ser, un jirón del alma, una parte del corazón, un segmento de la memoria, una saga interna y subjetiva, un crimen contra la Imaginación. Lo del préstamo que se sabe nunca será resarcido es en el fondo una manera de suicidio, de supresión y abolición del propio ser, al menos que se preste lo que no te importa, como hay flirteos que ya no registra el recuerdo, como dice el maestro Agustín Lara: “si una vez te bese, ya no me acuerdo”. Sin caer en el culto a la montaña de papeles a la que se refiere Spengler o a los “libros superfluos” de los que habla Ortega, y que hoy proliferan incontenibles, en esta época, en que se escribe por lucimiento mercadotécnico y no por necesidad vital, tomando en cuenta lo que afirma Rilke sobre la verdadera vocación literaria: el no escribir me llevaría a la muerte. Los libros siempre serán una compañía invaluable, anagógica e insustituible. Mucho hay que perder en la vida, ya que como apunta Séneca “lo que soy, lo llevo conmigo”, hay que irse desprendiendo de todo, y en particular, de la opinión de “la humanidad” o de lo que digan o dejen de decir los demás, mas el libro forma parte de las entretelas del ánimo y en él hay un bálsamo para todas las heridas y aún sanación milagrosa para las mortales, ello atestigua el milagro de los dioses y las bendiciones del Unico. Honremos nuestros libros y ello será escrito con signos perennes en el rollo azul del Cielo. 📖